

Jorge Díaz Leza

FOTOS DE CIUDADES
QUE AMANEZEN

Prólogo: Montserrat Cano



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n° 14 —
MADRID • MMXVI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JORGE DÍAZ-LEZA

Del prólogo © MONTSERRAT CANO

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Valentina Photos
Fotografía del autor en solapa © Ester Legaz

Primera edición: Mayo 2016
I.S.B.N: 978-84-945357-3-4
Depósito legal: M-15517-2016
Impreso en España.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



www.cuadernosdelaberinto.com

A Luis Cañadas (In Memoriam) y a los miembros presentes y pasados de la tertulia de relato corto que un día tomó su nombre: Ignacio Rivas, Adoración Rosado, Aureliano Cañadas, Juan Antonio Arroyo, María Jesús Leza, Juan Manuel Criado, Elena González, José María Garrido, Pilar Sánchez, Luis Avellano, María Jesús Briones, Miguel Oliva, María Juristo, Ismael Istanbul, Amelia Peco y Álvaro Blázquez.

Entre todos y, durante todos estos años, me habéis ayudado a pulir y mejorar estos relatos y a aprender el oficio de contador de historias.

Y muy especialmente a la que fue mi profesora de narrativa breve y primera inspiradora del grupo, Montserrat Cano Guitarte.

Gracias a todos y a todas por ayudarme a hacer posible este libro.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

PRÓLOGO

(Por Montserrat Cano)

«Como soy una ciudad de paso, a lo largo de toda mi extensa vida, he escuchado cientos de miles de historias provenientes de los más diferentes lugares y de las personas más diversas.» Así comienza uno de los relatos de este libro, **Fotos de ciudades que amanecen**, y podría ser que esas palabras sirvieran perfectamente para definir a su autor, Jorge Díaz Leza, y para, al mismo tiempo, resumir el contenido de general de la obra. Bastaría con cambiar la palabra «ciudad» por la de «persona» y «mi extensa vida» por «mis innumerables lecturas». Y es que estos relatos brotan de un vasto y variado sustrato literario que el autor ha hecho suyo —como ocurre con todos los lectores amantes de la escritura— y del que se ha nutrido para elaborar un universo estético que, sin embargo, es único, propio y original.

Estas ciudades que amanecen son visiones del mundo estéticas y críticas, es decir, literarias. La mirada del autor traspasa la barrera del tiempo y nos ofrece un mosaico de instantes en los que el protagonista es siempre la persona enfrentada a dos conflictos eternos: la búsqueda del sentido de la existencia y la actitud ética ante un entorno social que se considera injusto. Fotos, es verdad, instantáneas de escenarios reales o imaginarios, pasados, presentes o futuros, pero en todo caso auténticos puesto que retratan la verdad multifacética del ser humano.

Jorge Díaz Leza no ha puesto al servicio de la expresión de su imaginario todos los recursos estilísticos que ha considerado necesarios,

con una absoluta libertad creativa. En los relatos correspondientes a Venecia brilla la poesía encendida —si bien no el poema, que aparece en otros textos—; el cuento procedente de la tradición oral podemos encontrarlo en los textos dedicados a Estambul, y las preocupaciones sociales destacan en Valencia, Barcelona o Atenas, sin olvidar toques de humor, las variaciones enriquecedoras de leyendas urbanas o la metaliteratura presente de muchos modos en todo el libro.

Fotos de ciudades que amanecen es un conjunto de relatos que surgen de la reflexión y a ella conducen. De la reflexión social y estética, dos elementos que constituyen el universo literario del autor. En el libro no hay concesiones a la aventura obvia o a la modernidad superficial. Jorge Díaz Leza se compromete tanto en la forma como en el contenido de sus historias, proporcionando al lector una panorámica muy concreta de un modo de pensar y de actuar literariamente. Si la elección de unos temas y un lenguaje nunca es inocente, en este caso las opciones escogidas por el autor no permiten que el lector dude acerca de su voluntad de hacer de su escritura «*un arma cargada*», no sabemos si de futuro pero indudablemente sí de vínculo con su época y con la historia que nos ha conducido hasta aquí.

Pero también en el libro queda espacio para la intimidad, para los sentimientos de amor y amistad, para la magia y el misterio, cosas, todas ellas, sin las que no existirían ni la vida ni la literatura. **Fotos de ciudades que amanecen** es, en definitiva, un libro de cuentos en el sentido más auténtico y positivo del término, porque cuenta, y esa es, probablemente, una de las habilidades más antiguas del ser humano: decir cosas interesantes y bellas para que los otros nos escuchen. Esta obra dice mucho y merece tener muchos oyentes.

MONTSERRAT CANO

«Soy en tus manos la mujer a tuestas,
como en fotos de ciudades que amanecen.»
ANABELLA LÓPEZ BIEDMA

«La novela y el cuento se dejan comparar
análogicamente con el cine y la fotografía,
en la medida en que una película es en prin-
cipio un «orden abierto», novelesco, mien-
tras que una fotografía lograda presupone
una ceñida limitación previa, impuesta en
parte por el reducido campo que abarca la
cámara y por la forma en que el fotógrafo
utiliza estéticamente esa limitación...»
JULIO CORTÁZAR

Editorial CUADERNOS DEL ABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

ESTAMBUL

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

DOLUNAY

El corazón es un niño: espera lo que desea.

(Proverbio turco)

1

En toda mi larga vida de ciudad milenaria, creo que pocas veces presencié algo tan hermoso como el nacimiento de Dolunay. Apareció entre unas coles, una noche de luna llena. La encontré su padre que, como en tantas otras ocasiones, no podía dormir y paseaba por el huerto. La niña se hallaba envuelta en unos suaves paños de lino blanco totalmente bañada en lechosos resplandores: era como si la luna, con sus brazos de luz, la estuviera depositando sobre la tierra, suavemente.

El matrimonio interpretó el hecho como un milagro de Alá que puso término al fin a sus insomnios insoportables: los dos ansiaban ardientemente tener hijos, pero, justo ese día, se cumplían ya tres años desde la celebración de sus bodas sin que una sola semilla germinara en fruto. A la mañana siguiente, fueron a dar gracias al cielo a mi mezquita azul y llamaron a la niña Dolunay que, en la lengua de mis pobladores, significa luna llena.

Así, Dolunay fue creciendo día a día convirtiéndose en una de las muchachas más hermosas que yo he podido llegar a ver correteando por mis calles: sus ojos eran grandes y verdes, su piel morena y suave, su pelo negro y sedoso. Mas no era de aquellas a las que la belleza convierte en egoístas y engreídas; Dolunay gozaba de una bondad sincera y humilde que ni todos los halagos y cumplidos del mundo hubieran logrado corromper jamás. Siempre

estaba dispuesta a ayudar al necesitado, a compartir su tiempo y su alegría con personas enfermas para aliviar un poco sus penalidades, por lo que llegó a ser, en aquel tiempo, una de mis habitantes más queridas y apreciadas.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Una tarde, la joven hizo un descubrimiento a la vez maravilloso y extraño. En el mercado, al compás de la melodía de unos músicos ambulantes, su cuerpo empezó a moverse como impulsado por una irrefrenable fuerza. Y mágicamente, sin práctica previa, sin instructor, comenzó a bailar. Todos quedaron embelesados mirándola y muchos le arrojaron monedas de plata y oro que ella después compartió con los mendigos.

La fama de Dolunay saltó mis murallas y muchos llegaron hasta mí desde los más recónditos lugares únicamente por verla danzar. En esos días, entre otros muchos, cruzó el Bósforo un extranjero venido de occidente: un hombre más bien mayor que a todos sorprendía por la fealdad de su rostro. El extranjero pasó por el mercado justo cuando la muchacha bailaba ante las gentes. Recuerdo a la perfección su forma de mirarla: era como si la conociera; o más bien con la expresión de profunda felicidad del que ha encontrado algo que buscara largo tiempo.

Extrañamente para mis habitantes y también para mí, la joven cayó rendida en brazos del extranjero. Todos, y yo también, nos preguntábamos cómo una muchacha tan buena y hermosa, que tenía como pretendientes a los jóvenes más ricos y apuestos, podía elegir a un hombre viejo y feo que la mujer menos agraciada rechazaría. Sin embargo, finalmente, las bodas se celebraron alumbrando la fiesta más esplendorosa y alegre que he podido rodear yo tras mi abrazo de muralla, al menos desde que mi nombre cambió por Estambul.

Por muchos años que siga viviendo, por mucho que el incendio, peste o guerra que acabe convirtiéndome en un triste amasijo de piedras huérfanas enterradas, aún tarde siglos en llegar, creo que nunca olvidaré la inmensa felicidad de aquellos esposos el día de su boda y durante los días que siguieron después. Sin embargo, como cuentan en sus viejas historias mis habitantes griegos, la felicidad humana, cuando roza límites próximos a lo divino, suele despertar la envidia de los dioses. Así, tras unos pocos meses, el extranjero cayó gravemente enfermo: una vieja herida que tenía en la cabeza se abrió de pronto y comenzó a verter a mares sangre y pus. Quemado por la fiebre, empezó a relatar una extraña historia de un modo desordenado y confuso, que ninguno de los médicos que guardaban su lecho acertaba a comprender...

«Yo, en el reino del que provengo, defendía la justicia y a los débiles y por eso muchos me odiaban. Estuve a punto de morir cuando uno de mis enemigos quiso acabar conmigo y me causó esta herida que ahora, no sé cómo, se ha vuelto a abrir para matarme... Todos me dieron por muerto... Entonces aproveché la situación: mudé de nombre y huí a un país lejano para cambiar completamente de vida. Quise olvidarme del pasado centrándome en mis estudios de ciencia... en la realización de un viejo anhelo que desde joven me obsesionaba... Poco después, casualmente, mi espada salvó a un hombre que era atacado por dos asesinos a sueldo en el callejón oscuro de una ciudad.... El hombre al que socorrí resultó ser un duque que, agradecido, me ofreció protección en sus tierras y me enseñó un viejo tratado... No pude salir de mi asombro cuando advertí que aquel libro contaba pre-

cisamente cómo lograr mi sueño, mi utopía, y que, cuando llegas allí, si imaginas algo, por muy extraño que sea lo que sea capaz de concebir tu mente, se materializa de inmediato en algún lugar de la tierra. Mas no te sobrevive porque es solo un sueño y los sueños mueren con quien los ha soñado...»

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Dolunay penetró en la habitación donde penaba su esposo lanzándose angustiada junto al lecho y tomándole la mano. Él, al oído, muy bajito, comenzó a recitarle un poema:

*Sé que no debí haberte soñado.
Sin embargo tu imagen, en mi mente,
brotó como el musgo menudo
de una piedra humedecida por no se sabe qué nube.*

*Con la nitidez de los seres reales
y con la esfera terrestre en tu telón de fondo,
te vi bailar frente a mí
sobre el suelo de luna.*

*Allí estarás naciendo —te expliqué—
en algún punto indefinido
de esa lámpara azul que ilumina tu danza
para volverte viento
el día de mi muerte.*

*Y mi imaginación,
cuando dormía,
se escapó por mi boca.
Buscó una cuerda
en mi equipaje
y me ató de pies y manos.*

*Después se sentó a inventarte.
Y lo hizo con la perfección del Demiurgo
que ordenó esas esferas
violentas de constelaciones,
que contemplé tan lejos
de la madre Tierra.*

*Recuerdo tu voz, en mi cabeza:
susurraba mis propios pensamientos
y el viento lunar me besaba
con la forma de tus labios...*

*Sé que no debí haberte soñado.
Ahora ya solo espero vivir lo suficiente...*

—¡Perdóname, Dolunay! — exclamó.

—¡Y qué tendría yo que perdonarte si no me has dado sino felicidad! —respondió ella con lágrimas en los ojos.

—Por haberte creado, por ser yo la causa de tu existencia y porque, precisamente por esto, el día que yo desaparezca tú también desaparecerás. Yo te soñé, Dolunay. Y te busqué por todo el mundo hasta encontrarte aquí, en Estambul, porque no quería morir sin conocerte, sin vivirte. Pero no fui capaz de asumir que ya era un hombre viejo, que tú desaparecerías en la flor de la edad... Cegado por mi sed incurable, no quise pensar en las consecuencias... Yo, que toda mi vida luché por aliviar el sufrimiento de los hombres, ahora lo sembraré por todos los rincones de esta ciudad maravillosa... Fui débil, Dolunay, muy débil.... Antes de cambiarme el nombre y abandonar para siempre mi patria, yo era un poeta, un héroe, un sabio... Pero hubiera dado todo mi

valor, toda mi ciencia, todo mi talento, por un solo beso de amor puro. Esta herida que ahora me mata, me la hizo una viga que me lanzaron desde un andamio mis enemigos... El libro del duque contaba cómo volar hasta la luna (ciñendo a tu cuerpo unos frascos de rocío para ser atraído por la fuerza del sol) y que todo lo que se sueña en la luna se materializa en la tierra. Y yo llegué a la luna impulsado por mis frascos de rocío y me senté a imaginarte, Dolunay. El sueño de una mujer, de una mujer que, pese a mi rostro, me amara...

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Aquella noche ocurrieron cosas muy extrañas. Puedo jurar que jamás vi ni viví nada semejante en toda mi larga existencia de urbe populosa.

Soñé que una dama, en un país muy lejano, a su vez me soñaba a mí: su sueño volaba por entre mis cúpulas, mis minaretes y mis torres hasta entrar por la ventana de la casa del extranjero y contemplar su muerte. Así, le vio exhalar su último aliento agarrando de la mano a Dolunay, que lloraba a su lado

Dolunay de repente se deshizo en el viento, como una nube de humo o polvareda. Ante el estupor incrédulo de los que allí estaban, su túnica de seda se desplomó vacía, suavemente. Un llanto desgarrado sacudió mis calles.

Un poeta, nacido en mis entrañas, dijo una vez que el cielo no era otra cosa que un inmenso bosque invertido, con ramas y pájaros azules. Cuando desperté, el nuevo amanecer era tan resplandeciente que fue como si ese bosque se estuviera incendiando. El color fuego del sol acaparaba el horizonte y frente a él se recortaban las siluetas de mis cúpulas, negras como un presentimiento. Y así fue: todas las conversaciones que llegaron a mis oídos me confirmaban que, durante la noche, había sucedido exacta y realmente lo que yo había soñado.

Esta mañana, dos meses después, me he quedado boquiabierto cuando he visto a la dama de mi sueño desembarcar en mi puerto. Sí, era ella, sin duda: alta, esbelta, como yo la vi aquella noche estando dormida. Vestía un traje de religiosa católica y llevaba una cruz de madera, muy grande, colgada de su

cuello.

Igual que el mío propio lo hiciera una vez, el nombre del extranjero también había cambiado: nada más bajar del barco paró a unos viandantes y preguntó, a través de su intérprete, dónde se hallaba la tumba de Cyrano de Bergerac.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

NAJLA

Como soy una ciudad de paso, a lo largo de toda mi extensa vida, he escuchado cientos de miles de historias provenientes de los más diferentes lugares y de las personas más diversas: comerciantes, viajeros, marinos, soldados o porteadores, que conversan en mis baños, casas de té o posadas y relatan sucesos o cantan canciones, de su casi siempre lejana tierra, con el fin de animarse o de matar el tiempo. Y también, por supuesto, de los narradores ambulantes que tanto proliferan en mis populosas plazas. Pero quizás ninguna de todas estas historias que he podido oír en el transcurso de mi existencia, o al menos desde que mi nombre cambió por Estambul, me ha cautivado tanto como la misteriosa leyenda de Najla.

Hada maligna o demonio perverso, así es como suelen referirse a ella casi todos los que cuentan su historia. Parece ser que algunos, los que solamente la sonaron, la llaman simplemente pesadilla. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde viene, ni qué pretende y por qué razón Alá todopoderoso ha consentido su existencia sobre la faz de la tierra. Inexplicablemente, se la ha visto en muchos y muy diferentes lugares, por lo que nadie puede decir que forme parte de un reino, imperio o región concreta. Gentes llegadas de lugares tan distantes como Persia y la antigua Al-Andalus, pasando por Siria, Arabia o Egipto, evocan a este extraño y mágico ser en sus cuentos, leyendas y cantos populares. En todas partes se la teme, no porque mate hombres, destruya cosechas, incendie poblaciones o devore niños, sino por su irresistible poder de seducción. Aunque se la conoce por infinidad de nombres, el más común es el de Najla, que quiere decir «aquella que tiene grandes

y bellos ojos». Y son sus ojos, siempre grandes y bellos, lo que primero atrae la atención de los hombres.

Mas la esencia de su poder no reside en su mirada, ni siquiera en la extrema belleza de su cuerpo; Najla seduce porque baila y baila porque seduce. Cuentan que su danza, tan sensual, tan suavemente erótica, es capaz de enloquecer al más casto de los derviches¹. Si un hombre tiene la mala suerte de verla danzar, aunque solo sea una vez en su vida, inmediatamente se obsesiona con ella y la ama, la ama hasta la locura y la desesperación. Pero nadie, que sepamos, ha sido feliz amándola. Todos, sin excepción constatable, acaban convirtiéndose en esclavos de su voluntad, caprichosa y cruel. Por lo que he logrado deducir de lo que aquí y allá he escuchado, en todos los rincones del mundo donde se la ha visto o se la conoce, proliferan historias de esposos que dejan a sus mujeres, ancianas madres abandonadas por sus hijos, hombres doctos y respetables transformados en maleantes o bandidos...

Se cuenta incluso que tampoco las mujeres escapan a su maldición: en ciertas poblaciones del Alto Egipto, existen leyendas que otorgan a Najla el poder de transformarse en un joven mancebo, tan deslumbrante e irresistible cual la Najla femenina.

Para los habitantes del valle del Tigris y del Éufrates, Najla posee la facultad de introducirse en los sueños y de seducir, de igual manera, en ese territorio incontrolable y desconocido. No es por ello menor el sufrimiento, ya que el espacio del sueño, gobernado por ella, se transforma en un territorio angustioso y desconcertante donde lo más extraño y temible puede suceder pareciendo, además, a quien lo sueña, mucho más real que la misma vigilia.

1 Entre los mahometanos, especie de monje.

Por eso, casi todos los que alguna vez escucharon su leyenda intentan, por todos los medios, evitar el encuentro con Najla.

He oído relatar que, en las fértiles tierras del este de Mesopotamia, hay pueblos enteros donde ninguno de sus habitantes duerme durante las noches de plenilunio, pues creen que Najla aprovecha la fuerza de la luna para introducirse en los sueños; por lo que beben infusiones excitantes para mantenerse despiertos, o se entretienen en fiestas y juegos colectivos que duran toda la noche.

En el norte de Tunicia, existe la creencia de que Najla mora en los bosques y que necesita, por alguna desconocida razón, la presencia cercana de árboles para vivir. Sin la amable vecindad de las ramas y las hojas, su espíritu se diluía hasta desvanecerse, cual frágil humo de hoguera en la embestida del viento o las formas de un sueño en el resplandor del alba. Por eso, hay muchas poblaciones que han talado sus bosques cercanos y se alzan protegidas por un cinturón de desierto. Del mismo modo he escuchado que, en ciertas zonas de Siria y el valle del Jordán, los padres prohíben a sus hijos acudir a ver bailar a las danzarinas ambulantes o *ghawazi*² ya que, según se dice, suele ocultarse astutamente entre ellas.

Sin embargo, un buen día, tras mis murallas, en mi más frecuentado *hamman*³, el azar reunió a tres hombres de edad avanzada.

2 En árabe. Plural de *ghaziya*. Llamaban así a las bailarinas y cantantes que actuaban en festivales y celebraciones públicas, frecuentemente acompañadas por juglares, músicos y encantadores de serpientes. Y lo más interesante: eran mujeres libres dentro de los rígidos esquemas de las sociedades islámicas.

3 Baños públicos. Han desempeñado un importante papel en las culturas del Medio oriente como punto de reunión social, ritual de higiene y como elementos arquitectónicos.

Su conversación me llamó la atención poderosamente, pues era distinta a todo lo que había escuchado hasta entonces, durante muchos años. Los tres eran muy diferentes y procedían de los más variados lugares. Sus historias también eran diversas, pero las tres tenían algo en común: habían amado a Najla y habían sufrido por ello. Sin embargo, después de conversar durante largas horas y de mirar con distancia los hechos de su vida, ninguno de los tres maldecía aquella pasión.

«Estaba a punto de casarme cuando, un día, no recuerdo ya cómo, encontré a Najla —o más bien ella me encontró a mí— y me enamoré perdidamente de ella, por lo que rompí mi compromiso de matrimonio. Poco después ella desapareció, como si se la hubiese tragado misteriosamente la tierra. Sufrí mucho durante uno o dos años, no solo por su traición, si no por haber perdido a mi prometida por su culpa. Pero un buen día entendí que yo, en realidad, no quería realmente a la mujer con la que pretendía casarme y que esa boda habría sido un terrible error. Me dije: si fui capaz de dejarla por otra, eso solo puede significar que, en el fondo, no estaba enamorado de ella. Más adelante, conocí a una dulce muchacha que fue la definitiva: a su lado tuve dos hijos y conocí la felicidad.»

«A mí me amaba una mujer a la que yo no quería por no considerarla lo suficientemente hermosa. Yo era muy joven y, como creo que dijo un poeta occidental, amaba más con los ojos que con el corazón. Cuando me encontré con Najla la amé por su belleza, pero ella me trató con crueldad y acabó abandonándome. Como tú, querido amigo, lo pasé muy mal durante un tiempo, pero al acordarme de la perversidad de Najla y de lo mucho que me hizo sufrir, fui renegando poco a poco de mi culto a la belleza. Un día, no sé cómo, me acordé de aquella mujer a la que, años

atrás, había ignorado y corrí en su busca. Por suerte, ni estaba prometida ni se había casado y, al igual que tú, querido amigo, con ella conocí la felicidad.»

«Por influencia de mi padre, el general Alí Hassem de Persia, yo era un ambicioso soldado que quería alcanzar la gloria en la guerra. Un día Najla, oculta entre unas *ghawazi*, danzó para mí, y me amó con tanta ternura, dedicación y mimo que, cuando un mañana bruscamente desapareció para siempre, me sumí en la más absoluta desesperanza. Todo lo que hasta entonces había sido mi vida me pareció vano e inútil y no tenía fuerzas ni para levantar la espada. Por su culpa —eso creía entonces— abandoné el ejército y mi padre renegó de mí. Tras un largo año de melancolía estéril, un día, no sé cómo, empecé a escribir. Y lo hice con tanta perfección y tan buena fortuna que mis versos a la mujer de los grandes y bellos ojos se hicieron famosos en toda Persia. Entonces descubrí que, en el fondo, odiaba la guerra y el ejército y que mi verdadera vocación era la pluma...»

Tal era la gratitud de los tres hombres que decidieron levantar un templo en honor a Najla lo más cerca posible de mis muros. Finalmente, fue edificado a orillas del mar de Mármara, en el interior de un tupido bosque. En los días despejados, desde el más alto de mis minaretes, puedo advertir a lo lejos sus cúpulas de plata brillando sobre un borron de verde foresta.

A partir de entonces, frente a los miles de mortales que intentan evitarla, fue surgiendo una minoría de devotos de Najla, que dejan crecer los árboles en lugar de talarlos. Muchos acuden a su templo cada primavera para hacer sacrificios y ofrendas en sus altares y rogar a Alá todopoderoso que el extraño y mágico ser, conocido por ese nombre, perdure para siempre sobre piel del mundo.

He oído decir que a la entrada del templo, alguien levantó una estatua que la representa en posición danzante, mientras te mira con sus ojos, grandes y bellos. En el pedestal, puede leerse una inscripción:

«Si un día se te aparece en el sueño o la vigilia y danza ante ti, no huyas despavorido; algo tendrá que enseñarte».

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

KÁTARTUN

Hoy es un día triste para mí y para todos mis habitantes, pues Mukhtar El-Munir, conocido por todos los rincones del mundo como el gran cuentacuentos de Estambul, ha fallecido esta noche. Por la mañana, en mis plazas, mis tiendas y mis casas de té, nadie hablaba de otra cosa y no es en absoluto de extrañar. ¿Quién, dentro de mis muros, no se ha olvidado completamente de los problemas de su vida y hasta de sí mismo, al sentarse a escuchar alguna de sus historias? ¿Quién no ha dejado lo que estaba haciendo, por muy importante que fuera, cuando ha oído la voz de alguien, seguramente un niño, colarse por las ventanas de su casa y anunciar el regreso de Mukhtar a Estambul y su presencia inmediata en la plaza del zoco? ¡Cuánta comida no se habrá quemado en el fuego! ¡Cuántos acuerdos comerciales se habrán dejado de firmar en el último instante, y cuántas mercancías habrán quedado sin venderse cuando solo restaba, tal vez, cobrar al comprador!

Habían transcurrido dos años desde la muerte del sultán Solimán II, cuando Mukhtar, un narrador de historias vagabundo venido de Egipto, me visitó y decidió establecerse dentro de mí. Por alguna razón que desconozco, pues nunca se la dijo a nadie, le gusté más que el resto de los lugares donde había estado hasta entonces, que no eran pocos. A lo largo de toda mi existencia de ciudad populosa y milenaria, he conocido a incontables narradores de cuentos, pero ninguno tan peculiar como Mukhtar, pues no contaba, como todos los demás, historias que supuesta o realmente ya han sucedido, si no historias que van a suceder; porque Mukhtar, como una extraña y sugerente mezcla de cuentacuentos y adivino, en muchas ocasiones, narraba historias del futuro. He

de aclarar sin embargo, que aunque él afirmaba rotundamente que todo lo que contaba pasará, se refería siempre a un futuro tan remoto que no podemos saber por el momento si sus historias provienen de la profecía o sencillamente de la imaginación.

Él decía que siempre que se ausentaba —y lo cierto es que cada vez que lo hacía era por periodos bastante largos— llevaba a cabo un viaje hasta los montes de Darab, en Persia, y visitaba a un misterioso asceta amigo suyo. Entonces entraban en su gruta y, a cambio de unas pocas monedas, éste pronunciaba un conjuro. Quedaban los dos en el más completo silencio y, al rato, unas misteriosas y pálidas imágenes cubrían la superficie de las rocosas paredes: hombres, mujeres, niños y animales que se movían, conversaban, luchaban; escenas de un futuro lejano que su peculiar amigo le enseñaba a interpretar, por lo que Mukhtar decía saber todo lo que inevitablemente acabará sucediendo.

Muchos no le creían en absoluto. Aunque, en el fondo, si lo que contaba era verdad o no da igual: lo importante es que logró encandilarnos a todos con sus cuentos y con su forma de contarlos, y que jamás los olvidaremos.

Muchas de estas historias hablaban del reino de Kátartun, un país que, según Mukhtar, existirá en el futuro y del cual yo seré su esplendorosa capital. Un colosal imperio donde la casta de los mercaderes lo controlará absolutamente todo y que llegará a dominar la tierra. Un lugar en el que alguien ya no será tan admirado y querido, como ocurre en nuestros tiempos, por su talento para escribir poemas, contar historias, confeccionar hermosas artesanías o diseñar imponentes edificios; ni siquiera por realizar obras piadosas o ser valiente en la guerra; lo que por encima de todo ensalzará la fama y el valor de un hombre será su capacidad para atesorar y multiplicar el oro.

Y de todas estas historias sobre el reino de Kátartum, si tuviera que escoger una sola entre ellas, elegiría la historia de Alzahara.

Alzahara vivía —aunque sería mejor decir, vivirá— en una región indeterminada muy lejos, al sur de mis murallas, en el corazón de un frondoso bosque —pese a que, supuestamente, sus historias sucederán, Mukhtar siempre las contaba en pasado: yo haré lo mismo en esta ocasión—.

Su padre era leñador y había construido su cabaña en un claro, en medio de toda aquella inmensa floresta. Su madre le dio un nombre de flor y, como una flor, creció al abrigo del bosque, bajo la protectora y robusta sombra de sus árboles centenarios.

Pero un día vinieron del norte, procedentes del reino de Kátartun, los mercaderes. Antes de llegar, cruzaron un ancho desierto y una escarpada cordillera. El filo de sus lanzas refulgía amenazante, pues se trataba de una expedición de guerra en busca de esclavos y de territorio. Inmediatamente, degradaron a la servidumbre a todas las familias de leñadores que vivían en la región, y entre ellas a Alzahara y a los suyos.

En cuanto al bosque, su bosque, lo quemaron sin pensárselo dos veces, sin detenerse a mirarlo, para edificar nuevas ciudades y ampliar las zonas de pasto para los cientos de miles de ovejas que nutrían sus factorías textiles. Pero Alzahara no vio el colosal incendio, porque para entonces, en calidad de esclava, de carne fresca para subasta en la algarabía de un zoco, había sido llevada a Kátartun, su esplendoroso reino, y a su no menos esplendorosa capital.

Era bellísima: los hombres en el mercado pujaron fuertemente

por su piel. El comprador, finalmente, fue un potentado gerifalte que acabó pagando una fortuna por ella.

Antes de desvestir a la muchacha, le pidió que danzara para él, como en el reino de los mercaderes imponía la costumbre. Y aquel hombre, al verla bailar, quedó extrañamente fascinado: su estado de serenidad fue tan abrumador y repentino que hasta pensó que soñaba, que aquello no podía ni debía ser real, pues nunca atribuyó a la danza la facultad del hechizo. Pero se sentía feliz, feliz y en paz como nunca en su vida se había sentido. Y aquel opulento dueño que, hasta hacía tan solo horas en la plaza del zoco, había derrochado lujuria por todos los poros de su piel, pujando por ella con fiereza rabiosa, paradójicamente, en aquel momento, ya no sentía la necesidad de tocarla.

Se corrió la voz y muchos, cada día más, acudieron a la casa del rico prohombre. Alzahara danzó para ellos como para su amo, y aquella misma serenidad apacible se fue adueñando de todos como por arte de magia. Gentes llegadas de los más remotos lugares del reino cruzaron mis murallas, sedientos por beber de su misteriosa fuente.

El fenómeno no tardó en llegar a oídos del rey, que quiso contemplarlo con sus propios ojos al no entender lo que le contaban. El rey era viejo, muy viejo, y Alzahara, al danzar ante él, como siempre que lo hacía, se acordó del bosque, su bosque, que para ella aún seguía intacto, y de lo mucho que lo echaba de menos tras todo aquel tiempo de cautiverio, tan lejos de sus tierras. Y también, como siempre, quiso recordarlo —y vivirlo— a través de su danza. Y, para ella, para los ojos del rey que la descifraban, sus brazos no fueron brazos, sino ramas de árboles que agitaba el viento; sus manos, que batían el aire suavemente, no eran ya manos, porque se habían convertido en pájaros que volaban o en

hojas que caían... Y el bosque resucitó a través de su cuerpo y vivió, vivió como si hubiera crecido de pronto sobre las frías baldosas de la habitación. Y el rey, que era uno de los hombres más viejos de todo aquel reino, recordó en un instante. Recordó un antiguo y desaparecido bosque, lleno de árboles centenarios, en el que jugaba de niño y que fue talado y arrasado no recordaba ya la razón, como habían sido talados y arrasados todos los bosques de Kátartun. Y supo cual era la fuente de donde manaba su danza. Y entendió por qué todos la buscaban en el reino de los mercaderes.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO